

LIBROS

Conciencia de clase y reformismo

El debilitamiento de la conciencia de clase del movimiento obrero, la pérdida gradual de su potencial revolucionario y, en definitiva, su integración por el sistema, son cuestiones que siempre han preocupado a los teóricos marxistas, pero que han adquirido particular relieve en nuestros días.

A este respecto se han ofrecido diversas explicaciones que tratan de derivar la degeneración reformista del proletariado de ciertas transformaciones estructurales experimentadas por la sociedad capitalista. En su libro *Marxismo y conciencia de clase* (1), Henri Weber cita tres de esas teorías, a las que concede valor paradigmático.

Así, señala Weber, Arghiri Emmanuel atribuye el fenómeno en cuestión al desarrollo, en el seno de los países capitalistas, de una "aristocracia obrera", consecuencia de la división internacional del trabajo y la explotación del Tercer Mundo. Bon y Burnier se fijan, por el contrario, en las innovaciones tecnológicas: la decadencia profesional que entraña la automatización y el trabajo en cadena serían la causa de la tentación reformista. A su vez, Herbert Marcuse destaca como determinante la capacidad de control que el sistema ejerce sobre los individuos mediante la manipulación eficaz de las necesidades. Tres explicaciones diversas entre sí, pero en las que Weber descubre el vínculo común de su objetivismo. Economicistas, tecnólogos o idealistas, las tres coinciden en infravalorar la "actividad consciente del movimiento obrero organizado".

El problema, sin embargo, es tan viejo como el propio marxismo. No en vano determinados conceptos como el de "aristocracia obrera" están ya presentes en los estudios que Engels dedicó al "trade-unionismo" inglés. Henri Weber lo señala oportunamente en el libro que

(1) A la editorial Madrágora, de Barcelona, hay que darle en esta ocasión un cero en conducta. El libro está repleto de erratas, y la traducción es simplemente infame.



Premio Nadal

Asenjo Sedano, los ojos inocentes de la guerra

"*Conversación sobre la guerra es la perspectiva que un niño ofrece de aquellos años, sin que sea la guerra la protagonista, sino el niño, que pasa por ella casi jugando, casi sin darse cuenta. Relata hechos de la guerra en la que están inmersos personajes de todos los colores. El niño pertenece a una familia que pasa la guerra en zona republicana, a la que pertenecen unos a las derechas, otros a las izquierdas, otros que son indiferentes. El protagonista trata de ver las cosas desde un plano humano, con ojos inocentes, de una forma ingenua*", dice José Asenjo Sedano, autor de *Conversación sobre la guerra*, Premio Nadal, 1977.

Asenjo Sedano es granadino, de Guadix, donde nació hace cuarenta y siete años. Trabaja desde hace unos meses en el Instituto Social de la Marina en Almería y anteriormente había estado en Cádiz. Tiene publicadas tres novelas en la editorial Destino: *Los Guerreros*, *Crónica y Ovni*.

—¿Cómo vivió la guerra José Asenjo?  
—Con seis años. Me cogió con la edad del protagonista. Pero esta no es una novela autobiográfica, aunque muchas de las circunstancias, recuerdos, vivencias, paisajes, se relatan; son cosas que yo viví en Guadix, aunque el pueblo de la novela no es éste, sino Alcudia de Guadix.

—¿Qué inclinación política tiene este niño?  
—Es difícil pedir a un niño que sepa lo que es un partido político. No distingue. Ve en su misma familia las distintas tendencias, los errores de cada uno, la inutilidad de la guerra. Al final comprenderá que todos han perdido. Que las derechas han ganado, pero sólo unos pocos. Las izquierdas quedan humilladas. Alguien ve que

motiva estas líneas y que constituye un interesante repaso crítico al desarrollo de la teoría marxista de la conciencia de clase, y también del fenómeno inverso, su inhibición por el surgimiento de tendencias oportunistas en el seno de las organizaciones obreras.

Weber se fija especialmente en las distintas concepciones que tienen del partido Lenin y Rosa Luxemburgo, así como en su también distinta valoración

si ha ganado, los cosechadores de la guerra. Yo llamo cosechadores de la guerra a aquellos, muy pocos, que sacan partido, que se benefician y se aprovechan de vencedores y vencidos. Las guerras civiles nunca las gana nadie. Sólo los cosechadores. Y el que la gana, siempre traiciona.

—¿Cuál es el compromiso político del escritor que ha dado vida al protagonista de *Conversación sobre la guerra*?

—A mí me pasa lo que al protagonista: la confusión. Los niños de aquella guerra no hemos tenido opción. No pertenezco a ningún partido político, pero no estoy en contra de ellos. Colaboro con todo aquel que contribuya a elevar a nuestra región. Mi compromiso como andaluz es total. Me identifico con todos aquellos, sean de la tendencia que sean, que trabajen por Andalucía.

—Con este premio, como con el del también granadino Ruiz Rico (*Sésamo*), surge de nuevo el tema de si existe o no la narrativa andaluza.

—Sí existe la narrativa andaluza; de esto no cabe, desde mi punto de vista, la menor duda. Es muy triste que se cuestione esto incluso por parte de algunos andaluces. Yo estimo que hay una serie de coincidencias que demuestran su existencia y vigencia, pese al vacío cultural que hemos tenido en los últimos años.

—¿En qué línea de narrativa andaluza encaja su obra?

—Yo diría que en la línea estética, en la de una riqueza de expresión, de caracteres. Creo que nos sentimos bastante herederos de los poetas del veintisiete. Toda esa luminosidad que contienen las obras de los poetas de la generación del veintisiete incide en los escritores de la narrativa andaluza.

—¿Qué pasa en Andalucía con los escritores, que tienen que darse a conocer siempre desde fuera?

—Faltan cauces adecuados para propagar nuestra cultura. Existen sólo pequeñas y heroicas editoriales locales, además de las de las Universidades. Pero no hay posibilidad de lanzamiento. Lo importante es que en Andalucía haya materia prima. Al menos, hoy por hoy, tenemos lo más interesante, que es esta materia prima. Hacen falta potenciar plataformas culturales propias.

Esta es la grandeza y tragedia de los escritores andaluces. No hay canales de difusión para el tremendo potencial que aquí existe. Menos mal que de vez en cuando un premio como el Nadal, el *Sésamo*, como el frustrado *Planeta* a Manuel Barrios, anima a los hombres del Sur a tener confianza. No hacía falta el Nadal para demostrar la calidad literaria de José Asenjo Sedano, pero sí ha sido necesario para que su nombre se conozca un poco más en Andalucía.

■ A. RAMOS ESPEJO.

del espontaneísmo revolucionario. En ambos teóricos marxistas encontraremos un análisis por igual divergente del oportunismo. Lenin lo vela como un elemento inyectado desde fuera en las organizaciones obreras —señalaba como focos de infección a ciertos sectores de la "intelligentsia", tentados siempre por el anarquismo y el individualismo—; Rosa Luxemburgo lo consideraba, antes bien, consecuencia inevitable de las con-

tradiciones entre los objetivos socialistas que se proponían las organizaciones obreras y los medios a que habían de recurrir para su consecución: lucha parlamentaria, negociaciones y compromisos, conquistas parciales. Contradicciones en las que hará asimismo hincapié Geörgy Lukács al abordar el tema de la doble conciencia: inmediata y de clase. Para el filósofo húngaro, el partido reformista será aquel que trate de

mantener la conciencia del proletariado en el primer nivel, a diferencia del partido revolucionario, que se esforzará en hacerla evolucionar hasta su cristalización en conciencia de clase.

Otro concepto cuya evolución en los textos teóricos de marxismo sigue también Weber es el de aristocracia obrera, utilizado, como vimos, ya por Engels, y recogido más tarde, aunque con una aplicación diferente, por Lenin. Este llegará más sutilmente a distinguir entre aristocracia obrera y la burocracia que se desarrolla en su seno. Distinción que ampliará el sociólogo alemán Michels, quien hablará incluso de "deformación burocrática" como tendencia inevitable de cualquier organización, y "degeneración burocrática", realizable sólo bajo determinadas condiciones y, por lo tanto, perfectamente resistible.

Después de analizar el fenómeno de burocratización de la II Internacional, que pudo haberse evitado parcialmente, llega el autor a una serie de conclusiones como son las de negar cualquier relación de causa a efecto entre condiciones objetivas y reformismo del movimiento obrero, señalar incluso la actividad de la vanguardia del proletariado como elemento integrante de esas mismas condiciones objetivas y deducir de todo ello la posibilidad real de romper el círculo vicioso entre la influencia burocrática y la consolidación del reformismo obrero, siempre y cuando esa misma vanguardia sepa instaurar una "dialéctica a tres bandas" mediante la organización alternativa de un partido revolucionario que propicie una práctica real y autónoma de masas como respuesta a los intentos integradores de las organizaciones reformistas.

Desde su posición a la izquierda de los dos partidos signatarios del Programa Común francés, Weber señala la necesidad de aprovechar las contradicciones inevitables de la unión de la izquierda (hoy deshecha) hasta provocar su desbordamiento. Fascinado por la huelga de Lip, por más que aluda a su carácter, hoy por hoy excepcional, el autor cree posible la multiplicación de este tipo de experiencias conforme se agudice la crisis del capitalismo. Incluso pronostica: "la clase obrera francesa vivirá en los próximos años la experiencia de una nueva explosión generalizada de lucha (de una nueva situación prerrevolucionaria)". ¿Un nuevo mayo del 68? ¿Cuánto tardaría esta vez en reaccionar el sistema? ■ JOAQUIN RABAGO.



J. R. R. Tolkien.

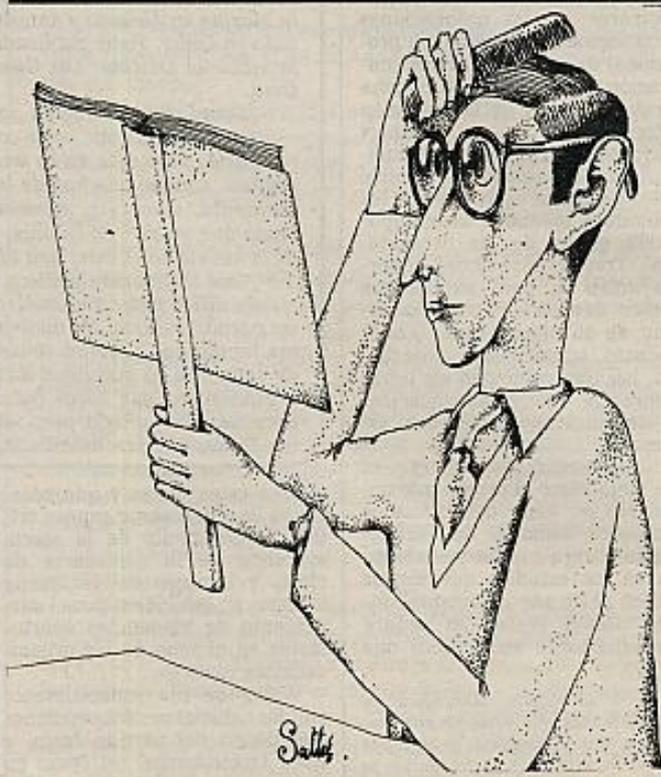
## Invencción de un mundo, invención de un lenguaje

Si el profesor J. R. R. Tolkien —profesor además de filología— hubiese visto las traducciones al argentino de sus obras "El señor de los anillos" (1) y "El hobbit" (2), seguro que se hubiese muerto; o tal vez, como era un hombre poco dado a los excesos, simplemente se hubiera desesperado. Pues su obra es la creación de un mundo por un lingüista y se basa, por lo tanto, en un lenguaje y en un estilo muy determinados. Aparentado como está el libro de su componente formal a puro nivel estilístico, queda privado de una parte importantísima; por ello, es comprensible que críticos literarios que no conocían su obra en inglés y que solamente la han leído ahora en su versión española, clamen ahora que no comprenden por qué el éxito casi universal de Tolkien y la admiración que causa al mismo tiempo entre los más incultos de los "hippies" y entre los más ensalzados intelectuales.

La obra de Tolkien es una especie de mezcla entre el cuento de hadas y la novela de caballerías; se nos presenta como la crónica de un mundo que no es exactamente el nuestro, que está separado de nosotros por abismos de tiempo y espacio, y donde la magia y el contacto con seres no humanos son cosa corriente; de hecho, los protagonistas de Tolkien no son humanos, sino hobbits: una especie de enanitos de pies velludos, que viven en agujeros y se caracterizan por su glotonería, su sentido de la hospitalidad y su

odio por todo aquello que les arranque de la rutina, aventuras o desventuras. A su lado hay elfos, espíritus muy humanos de la Naturaleza e inventores del lenguaje, enanos que cavaban minas y túneles espléndidos en las entrañas de la tierra, valientes y dispuestos a todo con tal de defender su oro —que les es robado regularmente por dragones y otras malas bestias— y un metal aún más precioso, el mithril, que en élfico significa "plata viva"; también hay magos buenos y malos, y una especie de demonio viviente, el Señor Oscuro, que es el antagonista de esta historia, y que se hace servir por trasgos y duendes diabólicos, seres miserables y horribles, que aborrecen lo que para Tolkien es fundamentalmente bueno: la luz del sol, la luna y las estrellas. Y, por supuesto, hay hombres: hombres en su mayor parte esforzados y valerosos, pero también capaces de traicionar o de sucumbir a la ambición. Y toda esta obra fantástica, de brujos y duendes, de espíritus buenos y malos, de divinidades de los bosques y los ríos y de caballeros montados en blancos corceles no se nos hace increíble por dos razones: primera, por lo minuciosamente que está todo narrado; no se nos escapa ni un detalle de la vegetación y topografía que sus héroes recorren en sus larguísimo viajes; hay incluso mapas para que podamos seguir geográficamente el curso de sus aventuras. Y

sobre todo, por un recurso de filólogo. Al escribir el "Hobbit", del que más tarde desarrollaría la trilogía de los anillos, Tolkien no se conformó con inventarse una historia más o menos coherente y describir un mundo, sino que además lo dotó de un lenguaje particular. O mejor dicho, de varios: el quenya y el sindarin, lenguajes de los elfos; el westron, o idioma común a todas las especies, y los diversos lenguajes de los hombres y de los enanos. Estos lenguajes, traducidos al inglés respetando sus reglas —lo que nos da un inglés a la vez simple y antañón, desusado, que los malhadados traductores (nunca más traidores que en este caso; Tolkien los habría clasificado entre sus duendes maléficos, una de cuyas características era la de hablar una jerga cada vez más corrupta) no han sabido darnos en castellano— son la verdadera trama del relato, en torno a los cuales se desarrolla toda la historia de un mundo, que no se nos cuenta —no es necesario, pues se trata de la Historia—, pero que se nos sugiere; los personajes de este cuento hacen continuas alusiones a otros cuentos, a otras leyendas anteriores a ellos de los que sólo conocemos fragmentos, pero que explican y justifican la acción de lo que se nos narra. Consigue, por estos artificios, una singular coherencia, una realidad hecha de palabras y de signos; crea así una poética completa, al construir un mun-



(1) Ed. Minotauro.

(2) Ed. Sudamericana; lo han traducido con el horrible y falso título de "El hobito", que nada tiene que ver con el original "hobbit".